

DOLORES
MONTENEGRO

Poemas escogidos



Poesía



Editorial
Cultura

OBRA DE DOMINIO PÚBLICO

Ilustración de portada: Martín Díaz Valdés
Edición al cuidado de Génesis Ramos
Editora en jefe: Denise Phe Funchal

Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala
Una publicación de Editorial Cultura 2023
editorialcultura@mcd.gob.gt

Poemas escogidos

DOLORES MONTENEGRO

BIBLIOTECA DIGITAL EDITORIAL CULTURA

| 04 |

A la sociedad

¡Me aplaudiste cruel y me besaste;
¡Me te di mis cantos y dolor me diste;
a las nubes mi nombre levantaste
y después en el fango lo sumiste...!
¡Me miraste infeliz, mas no quisiste
un pedazo de pan, por mí arrancarte;
y al mirarme caer, vil y cobarde
conmigo hiciste de pompa alarde!

¡Hiciste bien! ¡Que yo jamás debía
pulsar mi lira para ti, menguada...!
¡Ni endulzar con su suave melodía
tu vida vanidosa y depravada!
¡Ah, venenosa y detestable arpía,
bien te conoce el alma desgarrada;
mas sóbrale nobleza y te perdona,
ciñendo del martirio la corona...!

¡Sigue en tu ciego y torpe devaneo,
riendo al oír del infeliz el lloro;
sacia de herir tu bárbaro deseo,
gozando sólo al retintín del oro!

¡Aislada y triste, tus delicias veo,
pero jamás tu compasión imploro,
y así al influjo del fatal destino,
errante voy cruzando mi camino...!

¡Sigue tú, venturosa la existencia,
aparenta virtud y honor mentido;
luce, en fin, de la célica inocencia
el esplendente y nítido vestido;
acalla el grito atroz de tu conciencia,
arrancando al que sufre un cruel gemido;
y ostenta audaz al par que indiferente,
la guirnalda de virgen en tu frente!

¡Injusta sociedad, goza en el llanto
del desgraciado a quien rasgaste el alma,
desprecia, impía, su fatal quebranto,
y duerme tú, con bienhechora calma...!
¡Llegará un día de justicia, santo,
de dar al mártir su divina palma,
y entonces, sociedad, verás caída
de tu frente la gloria inmerecida!

Dejadme

¡Dejadme pues...! Dejadme en el silencio,
en abandono y triste soledad;
si no escucho la voz del ser que adoro,
quiero sola sentir, quiero llorar...

¡Pero llorar con llanto tan copioso
que desahogue y alivie el corazón;
llorar hasta quedar desvanecida,
llorar hasta morirme, quiero yo...!

No apetezco consuelos que no acortan
la magnitud de mi fatal dolor;
ni estudiados discursos que no explican
la intensidad ardiente de mi amor.

¡Alejaos de mí...! ¡Quien ha nacido
con un sello de eterna maldición;
quien es hijo infeliz de la desgracia,
no merece en el mundo compasión!

¡Compasión...! ¿Cuándo el alma levantada
al necio mundo compasión pidió...?

¡Jamás el ser que tiene un alma grande
con timidez la frente doblegó...!

¡Ah! ¡Nunca, nunca el corazón doliente
que se agita en mi pecho por amor,
negó dulzuras ni pidió consuelos
en sus excesos de fatal dolor...!

¡Nunca! Ni ahora que tortura mi alma
irremediable lóbreguez fatal,
que si derramo acibarado llanto
y me hiere del mundo la crueldad,

¡no es timidez la que me agita el pecho,
no es que me angustie de mi herida atroz,
la sangre envenenada que a torrentes
está manando el triste corazón!

¡No! ¡Es que la mano que atestó la herida
mil veces, ¡ay!, amante acaricié;
es que quiere el destino en sus rigores,
matar en mi alma la expirante fe...!

Es que, ¡infeliz!, la amistad me ha traicionado,
es porque yo tan infeliz nací,
que hasta la sangre que en mis venas corre
se levanta implacable contra mí;

¡y, una en pos de otra, vi caer las flores
que del alma con lágrimas regué;
la última flor que había en mi desierto,
por la falsía destrozada fue...!

Yo tenía un hermano, un fiel amigo
que en los embates del destino atroz,
con su ternura iluminaba mi alma,
yo endulzaba mi llanto con su voz;

mas, ¡ay!, a envidia provocó el afecto
que aquella alma sublime me brindó;
le engañaron, mostrándome a sus ojos
desleal, ingrata, ¡ingratitude! ¡No, no!

¡Y la tierna amistad de tantos años
por la infamia, velada, se extinguió;
la virtud aparente ha envenenado
el puñal con que hirió mi corazón!

¡Y sola como nunca, sobre el mundo
he quedado bogando en el pesar;
no creo en la amistad, ella me ha dado
la copa del engaño a saborear...!

¡Creer es verse burlada en el afecto!;
creer en virtud, ¡estupidez fatal!
¡Farsa es la vida, y la virtud que engaña,
fuente que lleva entre su cauce el mal...!

¡Humanidad! ¡Perpetua mascarada,
gritad feroz, humanidad inquieta;
herid mi corazón, porque no cubre
mi altiva frente hipócrita careta...!

¡Jamás la llevaré! Soy vuestro blanco;
dardos lanzad y heridme, no temáis;
con desdén miro la terrible saña
con que hacerme pedazos intentáis!

¡La mezquindad no puede merecerme
ni una sola mirada de atención;
las hienas se alimentan de cadáveres,
y un cadáver es ya mi corazón...!

Pero esta alma, ¡sublime en sus dolores...!
¡Esta mi alma transida de pesar,
se eleva a los espacios infinitos
y a quien la hiere sabe perdonar...!

¡Y pugna por romper de la materia
las pesadas cadenas, y hasta a Dios
elevarse en divina metensicosis,
¡ay!, de la eterna libertad en pos!

¡Y mientras llega tan dichoso instante,
la negra duda cebaráse en mí,
entre las sombras de mi cruel tristeza
que me ha formado desgraciada así!

¡Por eso quiero desahogar mi pecho
en un llanto abundante, sin cesar,
y sin querer consuelos de este mundo,
a quien puedo en mi angustia consolar!

¡Pero llorar con llanto tan copioso
que refresque y alivie el corazón,
llorar hasta quedar desvanecida,
llorar hasta morirme, quiero yo...!

¡Nada quiero del mundo maldecido,
nada de la amistad ni del amor;
quiero llorar hasta que en un sollozo
se exhale esta alma que agostó el dolor...!

¡Quédate en paz, oh, mundo fermentado
que almas de fuego desgarráis feroz;
que yo quiero llorar hasta morirme
para encontrarme frente a frente a Dios...!

Todo está bien

¡Bien puedes amargar mi triste vida,
y de mi amor doliente renegar;
bien puedes ofender mis sentimientos,
de mi pasión tristísima dudar...!

¡Bien puedes olvidarme y en tu olvido
otras mujeres con delirio amar;
conseguirás llenarme de tristeza,
mas, que te olvide nunca lograrás...!

Bien puedes con sonrisa indiferente
mi agonía y martirios contemplar;
bien te puedes burlar de mis angustias,
llamarme loca, pérfida y falaz.

¡Lograrás resentirme, acibararme,
mas que desmaye mi pasión, jamás;
libre o cautiva, rica o miserable,
de mi alma en el santuario vivirás...!

Si violenta de ti juré alejarme,
cuando ofuscó la injuria la razón,
también juré en mi pecho sepultarte,
entre llanto tristísimo de amor.

¡Yo cumpliré mi juramento amargo,
y el juramento grato cumpliré;
¡ay!, ¡sí!, jamás a unirnos volveremos,
pero jamás, jamás te olvidaré!

¡Doquier que vaya llevaré en el alma
tu dulce imagen, luz de mi ilusión;
si quisiera olvidarte mi memoria,
temblaría ofendido el corazón...!

¡Ahora, desprecia, duda y desconoce,
vuélvete sordo al eco de mi voz;
no anhelo ya ni amor ni recompensa,
sigo el camino y me abandono a Dios...!

Desaliento

¿Por qué me culpas, sociedad ingrata,
si yo turbada en mi delirio voy...?
¡Ah, llevo en mi alma el sinsabor que mata,
víctima triste del destino soy...!

¡No lo comprendes tú...! ¡Por eso impía
del corazón desgarras la honda herida;
sin mirar la ansiedad y la agonía
de mi alma ardiente, en el pesar perdida...!

¿Quién me comprende...? ¿Quién...? ¡Yo abandonada
a un recuerdo tristísimo de amor...!
¡Y en vano busca mi ávida mirada
algún consuelo en tan fatal dolor...!

Y sola, siempre sola; joven, triste,
muerta la bella flor de la ilusión,
¿dónde la dicha para mi alma existe...?
¡Ah!, ¿dónde está la fe del corazón...?

¡Y sola, siempre sola! ¡Haber perdido
esperanza, ilusión, amor y fe...!
¿Qué espero yo en el mundo? ¡Ángel caído
a un cruel infierno, del celeste edén...!

¡Yo! ¿Qué soy en la tierra...? ¡Flor marchita
combatida por recio vendaval...!
¡Soy un ser amargado que se agita
y se ahoga entre sobras de crueldad...!

¡Débil barquilla en tormentoso océano,
combatida por recia tempestad,
que el puerto ve, de salvación, lejano,
y en vano lucha por llegar allá...!

¡Muerte...! Bella deidad, sombra querida
para el alma doliente que lloró,
¡llévame entre tus brazos, que la vida
es carga enorme que aborrezco yo...!

¡Ven, dulce muerte...! Celestial arrullo
traigan tus alas al rozar mi frente.
¡Ven! ¡Yo te espero entre el fatal murmullo
de este mundo, al dolor indiferente!

¡Ven! ¡Que tú has sido mi dorado ensueño
desde muy niña aún...! ¡Ay, ven a mí!
¡Ven y convierte en realidad mi sueño,
ya no me dejes, por piedad, vivir...!

¡Loca estoy de dolor! ¡Ven, si no quieres
que yo te arrastre a mí; no puedo más...!
¡Si tú mi vida por piedad no hieres,
mal que te pese, el hilo cortarás...!

¡No puedo más, Dios mío! ¡Dulce muerte,
envíame Señor, quiero morir!
¡Es muy amarga y lóbrega mi suerte,
es muy triste, y muy negro mi existir!

¡Sociedad, sociedad! ¡Tal vez mañana
un cadáver tendrás, no una mujer!
Cuando escuches el ¡ay! de una campana,
¡dirás ya tarde: desdichada fue...!

¡Tarde conocerás que atesoraba
un raudal de ternura el corazón;
cuando tu mano impía me arrojaba
rápidamente al fúnebre panteón...!

Tú serás mi verdugo; pero el alma
te da entre sus angustias su perdón;
queda feliz en tu indolente calma;
voy a morir ..., y te perdono... adiós...!

Allá

¡Lejos, muy lejos del voluble mundo,
¡Mis ojos, mi alma y mi ambición fijé;
nada debo en la tierra, y si me deben,
esa deuda fatal perdonaré...!

¡Ayer que ardiente se agitaba mi alma,
Llanto de fuego a mi pesar vertí;
y en tormento y angustia inexplicables
mi juventud hermosa consumí...!

¡Ayer...! ¡Palabra de amargura y duelo,
que cual toque de muerte suena ya...!
¡Mañana! ¡La ilusión encantadora
de llegar a la augusta eternidad...!

¡Hoy triste calma el corazón abriga,
y si el dolor rasgármelo cruel,
cual nunca, a nadie compasión pidiera,
que fui nutrida con amarga hiel...!

¡Acostumbrada al duro sufrimiento,
jamás a nadie compasión pedí!
¡Pero mi llanto, al ver el llanto ajeno,
con generoso corazón vertí...!

¡Cuando he sufrido, he sollozado sola;
jamás consuelo me arrastré a pedir,
que siempre, siempre en mis pesares íntimos
sarcasmo tuvo el mundo para mí...!

Mientras que yo, con verdadero afecto
lágrimas tristes de dolor sequé,
y despreciando la injusticia infame,
a calmar los dolores me entregué.

¡Hoy como ayer, abandonada y sola
por mi senda de espinas seguiré;
nada altera mi calma dolorosa
y como antes sufría, sufriré...!

¡Yo no reclamo gratitud del alma
a quien un día amable consolé;
«allá muy lejos del voluble mundo»
está la dicha que en mi afán soñé...!

Si antes el alma se agitaba inquieta,
hoy tranquila en el cielo la fijé...
¡Nada debo en el mundo, y si me deben,
esa deuda fatal perdonaré...!

Hoy que la infamia el corazón destroza,
hoy que me mancha de calumnia cruel,
perdonar puede, sin pedir alivio
mi alma que sólo se nutrió con hiel...!

Aquí está el pecho desgarrado y triste,
aún tiene aliento, ¡herid sin compasión...!
¡Calumnia! ¡Ingratitud!, ¡podéis matarme,
mas nunca humillaréis mi corazón...!

Mujer...

Nací mujer, y al mundo inmaculada
vine entre el llanto que brotó el amor;
lloró mi madre al verme entre sus brazos,
y mi bautismo, ¡oh, cielo, fue el dolor!

Crecí inocente, candorosa y pura,
y así inocente comencé a sufrir;
¿por qué tan niña el dardo del tormento
llegó mi tierno corazón a herir...?

Joven, después, soñé con la ventura
desde el nacer vedada para mí;
quise adornar mi frente de azahares,
¡y de espinas punzantes la ceñí...!

De espinas, ¡ay!, la virginal corona,
adornar pretendí con bellos lirios;
¡vino el turbión, despedazó las flores
y agobiaron mi frente los martirios...!

Y aún me halagaba al asomar la aurora,
mirar a Dios en las rosadas nubes,
benedicirle y amarle en mi tristeza,
cual le adoran fervientes los querubes...!

Y amaba a Dios, desventurada niña,
con la fe que llenaba el corazón;
¡resignada creía en que mis males
hallarían por fin consolación...!

Y en vano la esperé; se alzó el infierno
y al ángel desgraciado arrebató,
rompió su veste, le arrancó las alas,
y a un océano de llanto le arrojó;

puso en sus ojos venenoso jugo
que en lágrimas amargas derramó;
¡las místicas creencias se alejaron
y en el infierno horrible resonó

carcajada funesta de alegría
que lanzó Lucifer al contemplar
un corazón tan tierno y compasivo,
hecho pedazos, descreído ya...!

Algo bueno le queda al alma mía,
algo bueno que la hace padecer,
algo bueno que en lucha interminable
mantiene el corazón de la mujer;

algo bueno y sublime, que me hiere
porque me hace sentir dentro de mí,
amor a la virtud, y me enfurezco,
¡ay, porque es farsa la virtud aquí...!

¡Maldita lucha, interminable, ruda!
¡Alma gigante, desgraciada, herida,
rompe tu cárcel de materia inmundada,
águila audaz, doliente y atrevida!

Y vete, vete en majestuoso vuelo,
de un espacio a otro espacio; alza tu voz,
hasta encontrar tu ambicionada gloria
allá en el solio del Eterno Dios...

Adoro a Dios, porque le veo grande,
y aunque no calme mi sufrir maldito,
adoro a Dios, en mi tormento mismo,
le contemplo sublime e infinito...

Por eso adoro a Dios, por eso le amo
desde mi horrible y tenebroso abismo;
¡mis pasiones salvajes me atormentan,
pero le amo en mi rudo salvajismo...!

Amé la aurora y amo las tinieblas
que a las penas de mi alma se parecen;
¡brote fuego el infierno, el cielo rayos,
que con ellos mis duelos se adormecen...!

¡Te adoro, Dios! ¡Me preferiste al menos
en hacerme cual nadie infortunada;
que yo prefiero mis tormentos horribidos
a ser un alma en el placer menguada...!

¡Dios que me creaste, Dios del firmamento,
Dios en el cielo y Dios en el infierno,
Dios en el colmo de la inmensa dicha,
Dios en el centro del dolor eterno...!

¡Óyeme, Dios! Un corazón me diste
con sentimiento de un amor sin fin;
¡alma de fuego dispusiste darme,
el mundo es hielo... yo no vivo aquí!

El fuego que me diste me consume,
se desborda del pecho el sentimiento;
¡si el fuego rompe el hielo de mi vida,
no soy culpable cuando tanto siento...!

Le sobra vuelo al alma que me diste;
no dejes, ¡ay!, que el mundo la mancille;
¡quiero ser un lucero esplendoroso
que en tu diadema para siempre brille...!

Yo aquí no vivo; romperé mi cárcel
porque no quiero la existencia aquí;
¡llévame a la grandeza de tu gloria,
o no me culpes cuando llegue a ti...!

A solas...

No sé por qué mi corazón doliente
no halla un consuelo que sus penas calme,
y se dobla mi frente mustia y triste
sobre tu amor cual desmayado sauce.

No sé por qué la garra del tormento
con furia cruel me despedaza el alma;
siento un dolor que abrasa mi existencia
doliente, triste, congojosa, amarga.

En las desiertas playas de mi vida
veo avanzar la tempestad que brama;
yo la siento venir y no la temo,
que nunca el miedo a doblegarme alcanza.

¡Ah!, si supieras que las turbias olas
veo agitarse en mi sombría calma,
cuando entrechocan al furor del viento
y se deshacen en la triste playa.

Si supieras, mi bien, que el mundo todo,
si me hubiera de ahogar, me importa nada,
cuando tus ojos con amor me miran,
cuando escucho tu voz, cuando me hablas.

Tal vez temblaras de que el alma mía
llegue a ser por tu amor despedazada;
tal vez, luz de mi alma, que el perderte,
no me importa del cielo la esperanza.

Escúchame: las almas tempestuosas
aman mucho, aman mucho en su desgracia;
es una adoración sublime y triste
del corazón que amando se desangra.

Óyeme: en los azares de la vida
perdí de amar la célica esperanza;
ave de paso me creí en el mundo
y hacia mi ocaso con afán volaba.

Infeliz en amor, ya no tenía
qué me atrajese a la existencia ingrata;
los que yo amaba estaban en el cielo
y allá emprendía su camino mi alma.

Pero te vi, te hablé, nos comprendimos...,
todo tu amor me diste en la mirada;
hallé en tu voz la mística tristeza
de un alma tiernamente enamorada.

Y aquel volcán que extinto yo creía
lanzó de pronto abrasadoras llamas;
y mi alma triste, en el hermoso incendio,
¡yo te amo!, dijo, y preguntó: ¿me amas...?

¡Ah, pobre corazón, volcán que ocultas
cuanto es posible el fuego que te abrasa...!
Brótalo pues, en trémulos suspiros,
y en lágrimas de amor tu ardiente lava.

Ama infeliz, mas ama generoso,
y no egoísta en tu quemante llama
anheles que el arcángel de tus sueños
solo en ti fije amante su mirada.

Ámale, y deja que remonte el vuelo
donde la dicha pueda hallar su alma;
tú sólo tienes mundos de tristeza,
y tu amor ha nacido en la desgracia.

¡Ay, pero le amo!, el corazón responde;
yo no puedo querer que se me vaya,
ni que ame a otra mujer, que otros ojos
de los suyos recojan la mirada...

Ni que el suspiro de sus dulces labios
acaricie otra frente; ¿dónde hallara
corazón como yo, más sentimiento
que el de este pecho que abnegado le ama...?

Y dice la razón: vale muy poco
todo ese fuego que voraz te abrasa;
no tienes dicha ya, tú eres un mártir...
¿Y qué me importa si le adora el alma...?

Hay mujeres muy bellas, con la frente
coronada de blancos azahares;
pero no tienen como yo, tesoros
de eterno amor y de armonías suaves.

Hermosos ojos le hablarán de amores,
y los lánguidos míos, ¿de qué le hablan?
Aquellos le darán dicha y placeres,
los míos, ¿qué le dan...? Amargas lágrimas.

Calla, adusta razón, no necesito
oír tu voz, mi corazón te manda
que ante el objeto de mi amor te inclines,
que le obedezcas cual humilde esclava.

Tú no le quieres como yo le adoro,
tú eres fría, razón, ¡oh!, tú no amas.
¿Cómo atrevida interponerte quieres
entre dos tiernas amorosas almas...?

Deja que le ame con amor tan triste
como el gemido de expirante ave,
como el rayo de sol que amante besa
las tristes tumbas al caer la tarde.

Si llega un día en que por fin le vea
de otra mujer amante apasionado,
le diré adiós con el amor postrero
que ha de matar mi corazón amargo.

Y él guardará de mi pasión ardiente
la imagen, ¡ay!, de sangre salpicada;
que si le dejo a otra mujer su vida,
nunca, jamás, le cederé su alma...

Horas amargas...

¡Oh, cuán triste es vagar por el desierto
que ayer nomás era un edén de amores,
donde crecían las hermosas flores
de la esperanza y del eterno amor;
y donde ya no quedan ni cenizas
de tantas adoradas ilusiones,
y se oyen sólo tristes vibraciones
del arpa gemebunda del dolor...!

Parece que la tierra está desierta,
que todo es soledad, llanto y misterio,
extensísimo, oscuro cementerio,
donde mi dicha sepultada está;
do el viento se oye quejumbroso y triste
y el ave tiende pavorosa el vuelo;
¡ay, en esa mansión que habita el duelo,
solloza mi alma sin ventura ya!

Allí, tan sólo allí, mi pecho altivo
suelta el raudal de lúgubres lamentos,
y traigo a la memoria los tormentos
que acibaran mi alma sin cesar;

una pálida virgen me sonrío
en ese campo que en mi angustia sigo,
y me dice amorosa; ven conmigo,
¡que es muy triste, muy triste no esperar...!

¡Oh, virgen, cuya frente está ceñida
de fúnebre ciprés, ¿por qué viniste?
porque yo sé que vives siempre triste
y es tu suerte llorar en la opresión;
tienes razón: yo vivo de tristezas;
yo camino entre espinas, entre escombros;
pesada cruz me lastimó los hombros
y un puñal me está hiriendo el corazón...!

Amor, amor, destello de los cielos,
elíxir que libaba con locura...
Todo me lo darás, ¡oh, virgen pura!,
cuando por fin yo deje de existir;
recuéstame en tu seno blanco y frío,
sonríeme, ¡ay!, con lobreguez de muerte,
destruye las cadenas de mi suerte,
dame, ¡oh, virgen!, la dicha de morir...

Quiero gozar de sepulcral silencio
y que se rompa en un dichoso instante,
esta entraña llagada y palpitante
que tanto sabe amar: ¡mi corazón...!
La calma de las tumbas olvidadas
me brindas tú..., la calma que yo envidio;

¿qué me importa te llamen el suicido,
si me ofreces descanso en mi aflicción?

¡Ah, si al menos, tuviera una esperanza
en el amor que el corazón devora!,
sin duda, ingrata, con desdén ahora
yo te acogiera, pálida visión;
pero sombra maldita y desgraciada
llevando herido el corazón sensible,
amando con delirio un imposible,
¿cómo no he de llamarte con pasión...?

Si alguna vez yo gozo delirante,
creyendo eterna mi pasión postrera,
mi sueño va a turbar sañuda y fiera
la realidad con espantosa voz;
¡y rasgando los velos que me ocultan
del destino implacable los horrores,
en mi escabrosa senda de dolores
hasta me quita la esperanza en Dios...!

¡Oh, virgen blanca de miradas lúgubres!,
reclíname en tu seno blanco y frío;
termina, ¡oh virgen!, el tormento impío
que desgarrando el corazón está;
cierra mis ojos con tu helada mano,
y de este corazón agonizante
la tierna queja el aura sollozante
al corazón que yo amo llevará...!

Las dulces auras que pasando besen
su triste faz por el amor velada,
le dirán: ella fue muy desgraciada,
y al perder la esperanza sucumbió;
la vimos fallecer; sus negros ojos
estaban tristes, y de amor brotan
lágrimas, ¡ay!, que el rostro le quemaban,
y al pronunciar tu nombre suspiró...

Su pecho levantábase anhelante
a impulso de un amor desesperado,
y lanzando un lamento prolongado,
¡llevadlo, dijo, al ángel de mi amor...!
Llévadle mis acentos amorosos;
del corazón los férvidos suspiros,
y en vuestros tristes, silenciosos giros,
¡mi adiós supremo de íntimo dolor...!

Y este beso postrer de mi agonía,
todo mi amor y mi profundo anhelo,
más grande aún que la extensión del cielo
tan doliente cual mi adiós postrer.
Hemos venido sollozando lúgubres
a cumplir esta súplica de amores,
de aquella alma que amando entre dolores
¡tendió su vuelo para no volver...!

Así dirán las auras gemidoras
al besarle la frente pensativa:
¡ay, que el arcángel de mi amor reciba
con tierno afecto su doliente voz;
que alguna vez al encontrar mi nombre
sobre una cruz de musgo revestida,
recuerde al menos que le di mi vida
y me dirija un amoroso adiós...!

A la libertad

¡Canto a la libertad...! Alzad las frentes
y llenos de entusiasmo y alegría,
unid vuestro sonoro y dulce acento
a la triste voz mía;
¡alzad un canto...!; con sus notas dulces
vibren todas las cuerdas de las arpas;
¡que cuando ahoga el pecho la ventura,
debe irradiar el fuego de las almas...!

Y ¿cómo no cantar...?, fuera de bronce
el corazón; no fuéramos humanos
si viéramos impávidos romperse
las pesadas cadenas que oprimían
a tantos infelices que nacieron
en triste esclavitud, y que gemían
¡siendo un objeto vil de sus hermanos...!

Y ¿cómo no cantar, cuando el destino
dejó de ser tirano;
y el luminoso genio de los libres
se cierne sobre el suelo americano...?
Sí; ¿cómo no cantar los que sentimos

arder el pecho noble y generoso
ante la libertad de los esclavos...?
¿Qué...?, ¿no lloráis de gozo...?,
¿no sentís en el alma la ternura
que se desborda en delicioso llanto?,
y ¿no sentís que el pecho conmovido
quiere romperse al levantar su canto...?

¡Sí lo sentís!, sois libres y a los cielos
la frente alzar podéis; el pecho bravo
no puede palpar indiferente,
cuando hombre libre tórnase el esclavo;
ante la libertad, sonriente virgen
de frente pura y esplendentes alas,
el corazón se agita estremecido,
se eleva el pensamiento, y el poeta
viste su lira de brillantes galas...

¡Fraternidad...! ¡Deidad, la más hermosa,
la más amable, tierna y compasiva,
hiciste oír tu voz que reclamaba
por esa triste humanidad cautiva...!
Tu voz, más dulce que la voz del ángel,
dejaste oír, hablaste al soberano,
y el noble te escuchó; que si es monarca,
es antes hombre, generoso, humano...
Sobre su frente augusta, suavemente
imprimió la igualdad un dulce beso,
sus labios le dejaron una aureola

de blanca luz, y libres los esclavos,
de amor un canto alzaron al progreso...

¡Llor al que rompe del triste las cadenas,
gloria al que da ventura al desgraciado
y que le abre las puertas de la vida
al que vive muriendo atormentado...!

¡Gloria, sí, por mil veces, al que lleva
un noble corazón hidalgo y bravo,
y que rompe con mano vigorosa
las horribles cadenas del esclavo...!

Mengua, oprobio y vergüenza al inhumano
que sonrío y se goza
cuando ve del esclavo en la mejilla
resbalar presurosa
lágrima ardiente que temblando brilla,
gota de acerbo duelo
que brota silenciosa,
y justicia y venganza pide al cielo;
gota candente que rodando quema
el semblante marchito;
¡maldición que expirando entre los labios
se vuelve al corazón y brota en llanto
de un dolor infinito...!
¡Llanto que seca el desgraciado esclavo
acallando las penas que le oprimen...!

¡Que en la abyección que al infeliz abate
hasta el llanto es un crimen...!

¡Caiga oprobio a los déspotas que matan
la libertad y gozan inhumanos...!
¡Infamia a los que callan y no rompen
las bárbaras cadenas
con que están oprimiendo a sus hermanos...!
¡Los que en el siglo XIX sufren
tal afrenta con calma,
prueban que tienen, miserables ellos,
cobarde el corazón y negra el alma...!

¡Ah,no! ¡Que el arpa del poeta vibre,
que solemne su canto al cielo suba
y como en el Brasil ya no hay esclavos,
que no los haya en la hechicera Cuba...!
¡Cuba, tierra infeliz...!, ¡tierra bendita...!
¡Vergel de la poesía y la belleza,
al contemplarte bella y desgraciada
mi corazón oprime la tristeza...!
¡Aún hay esclavos en tu hermoso suelo,
y en quejas lastimeras
lanzan lamentos que remedan tristes
tus gallardas palmeras...!
Rómpanse tus cadenas y en tu seno
de espléndida belleza,
esa raza cautiva y desgraciada
recline dulcemente la cabeza...!

¡Que erguida se levante
de la igualdad ante la hermosa idea,
que con amor te cante
y en tu regazo viva y libre sea...!

¡Canto a la libertad...! ¡Alzad las frentes
y llenos de entusiasmo y ardentía,
mezclad vuestro sonoro y dulce acento
a la triste voz mía...!

¡Que Dios preludie en su arpa de los cielos,
en notas suaves, dulces y amorosas,
el canto de ternura que levanten
las almas generosas...!

¡Que de la lira universal las cuerdas
estremecidas vibren por su mano,
y exhaleen notas que a los cielos vayan
regando en el espacio melodías
de sentimiento fraternal y humano...

¡Que a tan sublime vibración respondan
con la imponente voz del océano,
de las selvas las gratas armonías...!

¡Tiemble cobarde el corazón tirano,
al escuchar el himno de los libres
en todo el continente americano...!

Partiré

Voy a partir, el cielo así lo quiere...
y en mi amargo pesar sola me quejo;
¡si es verdad que me voy, prenda del alma,
todo mi amor y el corazón te dejo...!

¿Qué me importa que furiosos vendavales
mi vida arrastren como débil hoja?
¿No ha destrozado acaso mi esperanza
el viento asolador de la congoja...?

Alma mía, mi bien, el solo pecho
donde pensé doblar mi frente mustia,
¡perdona este lamento que se arranca
de la más honda y verdadera angustia...!

¿Amaste alguna vez luz de mi cielo
con el profundo amor con que te amo...?,
¿sentiste de los celos el tormento...?,
¿llamaste a tu ángel como yo te llamo...?

¿Comprendes el dolor que me aniquila
cuando de otra mujer escucho el nombre...?
¡Óyeme bien: lo que yo sufro entonces
no lo ha sufrido el corazón del hombre...!

No lo ha sufrido, que si un solo instante
tan intenso dolor sentido hubiera;
¡ay, a mi corazón herido y triste
con tanta impavidez cruel no hiriera...!

¡No lo ha sufrido...!, ni jamás su alma
podrá sentir esta pasión que siento,
ni ha mojado sus ojos ese llanto
que vierte el corazón ya sin aliento...

Ni puede imaginar el hondo anhelo
de un alma doliente, enamorada;
¡ya hace pedazos sin piedad mi pecho
cuando sonriendo te habla de tu amada...!

Tú sonríes también, y en tu sonrisa
aún refleja la luz de la ilusión,
mientras que yo, que porvenir no tengo,
siento desfallecer mi corazón;

y digo para mí; si ella es un ángel
razón tiene de amarla el ángel mío;
mas ¡ay!, ¿por qué volver a la existencia
mi corazón despedazado y frío...?

Si el infeliz yacía en una tumba
y palpitaba apenas, solo y yerto,
¿para qué revivir lo que no se ama...?,
¿por qué burlarse del amor de un muerto...?

¿Qué mal te había hecho el alma mía,
prenda del corazón, luz de mi cielo,
para que así me arrojes tan cruelmente
al abismo sinfín del desconsuelo...?

Yo no te conocía; del destino
al impulso terrible caminaba;
vivía de un amor que está en el cielo,
y aquí en la tierra el corazón no amaba;

y sola, abandonaba a mis recuerdos,
era la vida para mí un desierto;
y llevaba en mi pecho lacerado,
mi pobre corazón, ya casi muerto...

¡Hoy que te adoro con delirio ciego,
no quiero que ames, sino a mí, bien mío;
quiero tu corazón, quiero tu alma,
quiero ser yo tu ardiente desvarío...!

¡Y así no puede ser! Tú amas a otra
con un amor excepcional y tierno;
si así sentías, vida de mi vida,
¿para qué me arrancaste del infierno?

¿Para qué conducirme de la mano
a un paraíso de ilusión y amores,
si, ángel, debías remontarte al cielo
abandonando mi alma a sus dolores...?

¡Ah!, nunca, nunca como un hombre ingrato
ni ajeno a la ternura te juzgué;
por eso amante me arrojé en tus brazos,
¡ay, sí...!, ¡por eso con pasión te amé!

Mas no pretendo acibarar tu dicha
ni que destruyas tu ilusión por mí;
¡víctima siempre de fatal destino,
puedo alejarme, dulce bien, de ti...!

¡Y si mi sacrificio al fin te diera
la dicha que has soñado, luz de mi alma,
el cáliz del dolor apuraría,
por darte yo de la ilusión la palma...!

Tal vez será un delirio lo que pienso,
lo que me amarga y llena de tristeza;
lo que oprime mi alma en su amargura,
mi frente abate y dobla mi cabeza;

tal vez... más si algún día eres dichoso,
cuando se rompa el corazón por ti,
¡vuelve a leer entonces estos versos,
y con ternura acuérdate de mí!

¡Yo también...!, si a morir de ti muy lejos
el destino me lleva en su furor,
repetiré tu nombre a cada instante,
¡y hasta en el cielo te daré mi amor...!

Dolores Montenegro

Claudia de los Dolores, conocida también como «Cantora del Dolor», nace en la Nueva Guatemala de la Asunción en 1857. Al igual que la mayoría de las mujeres de su tiempo, no pudo gozar de una educación formal; no obstante, fue una mujer autodidacta, ávida lectora. Su producción literaria se inscribe dentro del romanticismo. Dolores figura por primera vez en la literatura guatemalteca en 1883; sus primeras composiciones poéticas aparecen en la revista *El Porvenir*. Su primer poema fue dedicado a su hermana Dominga Montenegro, con motivo de su muerte. Formó parte de la redacción del periódico *El Ideal*, junto a Carmen P. de Silva, Vicenta Laparra de la Cerda y Amelia Denis. Fue constantemente criticada y vista como subversiva, por participar en discusiones políticas y literarias. Falleció en 1933 en la capital de Guatemala.

Contenido

A la sociedad	4
Dejadme	6
Todo está bien	11
Desaliento	13
Allá	16
Mujer...	19
A solas...	23
Horas amargas...	28
A la libertad	33
Partiré	38
Acerca de	
Dolores Montenegro	43



Editorial
Cultura